LA ÚLTIMA TRAVESURA

Semana. Revista Ilustrada Hispanofilipina, 6 de enero de 1949, págs. 7 y 8[159].

Se había dormido a las tres ya clarineando desde todos los corrales vecinos los gallos, y se despertaba a las seis. Y, sin embargo, a pesar de sus sesenta años, la abuela se despertaba ágil, ligera, al momento desperezada, como si se le hubiese quitado de encima la mitad de sus años.

Y, ¿por qué? En su redor, durante estos últimos días, sentía palpitar un nuevo estremecimiento de vida que se transmitía hasta las cosas. El hogar solariego, viejo ya cuando naciera ella, tenía un aire novedoso, y, reverdecidas, las ramas del tamarindo[160] enorme que sombreaba al patio tenían sonoridades musicales. ¡Famosa idea esta de traer aquí a sus nietos y nietas, una media docena de cabezas alocadas, que comprendían la vida y la sorbían a grandes tragos, irradiando juventud a fuerza de juventud! Por seis días, desde poco antes de la Pascua, los había visto retozando, persiguiéndose como chiquillos por los corredores, destrozando el viejo piano tan cargado de años como la casa y como ella misma, llenando de gritos y de risas los últimos rincones. Y, por primera vez, durante estos últimos días, la abuela se había olvidado de sus achaques, de su misma edad y se sentía remozada, rejuvenecida, con ganas de romper en sonoridades musicales como el tamarindo aquel que sombreaba el patio.

Saltó del lecho, se arregló, se miró al espejo, todo ello deprisa,

[159] Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Histórica Antonio V. del Rosario, en la Universidad de Santo Tomás.

[160] Nombre científico *tamarindus indica*, pertenece a la familia de las leguminosas. Es un árbol de origen tropical que alcanza una altura de 30 metros. Su fruto se utiliza como ingrediente en la cocina. Su pulpa ácida tiene muchas propiedades curativas, es astringente, carminativo, antiescorbútico, digestivo, algo laxante, refrescante y antiséptico.

"Y a la abuela le daba vueltas en la cabeza con una idea traviesa, una idea picaresca".

corriendo casi, como si le hubiesen de faltar los minutos. A la media hora, estaba en el comedor…vacío. La vieja se sonrió. ¡Estos jóvenes de hoy! Porque habían dormido a las tres, se estarían así, en cama, hasta las tantas del día, ¡incapaces de sacrificar un par de horas de sueño! Ella, en cambio, en su juventud… No, no; tenía que sacudirlos, que despertarlos…

Con agilidad, fue recorriendo las habitaciones que ocupaban los nietos para irlos llamando con aldabonazos atronadores sobre las puertas. Desde dentro, rudamente arrancados del sueño profundo del amanecer, rezongaban los jóvenes. Inclusive Estrella, la traviesa y, por ello quizá, la más mimada, llegó a gritar a su abuela que no se levantaría ¡así se viniese abajo hecha pavesas la casa!

Pero Estrella fue la primera en salir. Con los ojos abultados, enmarañada la rizada cabellera, brillante la punta de la nariz, sin polvo todavía.

—Fea —le saludó la abuela.

Y no pudo decir más porque se sintió ahogada en un torbellino de besos.

Fueron llegando los otros, Enrique, Juan, Serafín, hermanos los tres, y Rosalinda y Clara, hermanas de Estrella y, todos, los seis primos.

Cuando se pudo zafar de los abrazos, la vieja dio la orden de ir todos al comedor para el desayuno.

—¿Desayuno abuela? —preguntó, extrañada, Rosalinda—. Pero si con la *medianoche*[161] tenemos para llegar hasta el mediodía…

—Hipócrita —le interrumpió dándole un cogotazo de refilón el primo Enrique—. Si se te está haciendo agua la boca, recordando el *relleno*[162]…

—¡A desayunar!, ¡a desayunar!... —corearon los demás echándose todos a andar hacia el comedor.

Todos tenían buen apetito. En un santiamén, desapareció, convertido en tajadas el resto del jamón que había quedado de la noche anterior y el plato de relleno, que empezó por Estrella, ni siquiera llegó al último que era Juan y que tuvo que casi dar un salto sobre la mesa para arrebatarle un pedazo a Estrella.

—¡Maleducado, rudo…! —hizo como quien lo reprendía la abuela, a quien le andaba retozando la risa por dentro, amenazando con reventarla. Por su propio gusto, daría también saltos por sobre la mesa para arrebatarla un pedazo de *inihaw*[163] a Rosalinda, a Clara, a quien fuese…

---

[161] Así se le llama a la costumbre de cenar a medianoche la noche de Navidad después de la salida de la misa del gallo.

[162] *Relleno* en Filipinas se refiere al pescado, pollo o cangrejos rellenos de verduras, pasas, carne picada huevo duro y jamón.

[163] *Inihaw* es un plato marinado cocinado al grill o a la barbacoa. Puede elaborarse con pollo, cerdo, pescado o verduras.

De repente, hubo un silencio general. La abuela, extrañada, fue mirando uno por uno a los nietos que se miraban entre sí, como respondiendo a una consigna. Y ¡le palpitó con tal fiereza el corazón que tuvo que echarse sobre el respaldo de la silla para que no le estallase en pedazos!

La pobre abuela lo presentía, lo adivinaba. Era demasiada felicidad ésta de los últimos días para que continuase. Estos nietos suyos tenían sus propios hogares. Se marcharían, huirían de su presencia y la dejarían a la antigua soledad y la casa solariega volvería a la sombría vejez antigua y el tamarindo tendría, no sonoridades musicales, sino gemidos entre las ramas agobiadas bajo los ventarrones…

Y no la engañó el corazón. Enrique con su voz un poco emocionada, anuncio:

—Abuela, éste es nuestro ultimo día…

—Y ¡hasta el año que viene!… —recogió alguno.

¡El año que viene! ¡Qué sabía ella del porvenir!... Estaba tan vieja, tan agobiada que bastó el sólo anuncio de la marcha de los nietos para que le volviesen, y sedientos de venganza, los achaques. El reuma, la diabetes, el estómago… ¡Si en su cuerpo enclenque ya no quedaba órgano o víscera que funcionase bien; si las manos le temblaban y los pies apenas podían, en ocasiones, moverse; si…!

Se había puesto tan pálida, tan enferma que la rodearon en grupo los nietos.

—Abuela, abuela…

Hizo un esfuerzo. Se sonrió bravamente.

—No es nada; no os molestéis… La sorpresa, la perspectiva de vuestra marcha…

Se volvieron a mirar los nietos y en los ojos de todos brillo la piedad. En silencio, pero con tanta claridad como si hubiesen hablado los labios, llegaron los nietos a un acuerdo. Prolongarían la estancia; estarían con la abuela uno, dos, algunos días más…

—¡Ea, abuela, animarse…! —anunció triunfal Enrique—. No nos marchamos…

II

¡Noche de Reyes! ¡Noche de Magos! ¡Leyenda santa que proyecta sobre las almas infantiles la llama de la Divina Ilusión! ¡Milagro que hace florecer los balcones y los cuaja de mercedes caídas del cielo!...

La abuela, en su lecho, con los ojos abiertos pensaba en los niños —criaturas de Dios— que estarían durmiendo con la sonrisa en los labios, esperando ansiosos el amanecer para ir a correr y ver los regalos traídos por los Reyes. Pensaba en los hombres-niños que ya no creerían en los Reyes Magos, pero que todavía conservaban muy adentro el recuerdo de la Divina Ilusión y la sentían una y otra vez rediviva a lo largo de la Vida. Y pensaba en los nietos…

Tenían razón. Al día siguiente se iban a marchar definitivamente, y ella estaba ya resignada a volver a su antigua soledad, porque comprendía que tampoco podían estar con ella para siempre. La despedida tenía que venir. Ya había sabido mostrarse brava. Esta misma noche, durante la cena, ya anunciada la marcha de todos para el día siguiente, ella había sugerido que debían coronar con algo memorable la estancia con la abuela. Los nietos, muy conformes con la idea, se rompían la cabeza pensando en "algo memorable" hasta que Estrella, muy traviesa y también muy imaginativa, se dio un golpetazo en la frente y exclamó:

—Ya, ya lo tengo…

—¡Pse! Alguna tontería —la desdeñó Juan…

Le sacó la lengua Estrella. ¡El envidioso!...

Y, pues, sí, tenía una idea, una espléndida idea…

—Vamos, vamos, niña… ¿qué es? —preguntó la abuela.

—Pues, esto; que nosotras, las chicas, vamos a poner nuestros zapatos en las ventanas y los chicos…

—¡De Reyes Magos!... ¡Magnífico!... —aplaudió Enrique—. Yo voy a ser Melchor…

—Y yo, Gaspar…

—Y yo, Baltasar…

Y así blanqueaban a esta hora los zapatos en las ventanas del comedor. Del comedor precisamente porque eran las ventanas más accesibles para los Reyes Magos.

Y la abuela le daba vueltas en la cabeza con una idea traviesa, una idea picaresca. ¡Oh, su lejana juventud!... Sólo con pensar en la "idea", se sentía remozada, devuelta a las energías juveniles. Sí, sí, lo haría. ¿Por qué no? Sería una broma y si, por alguna casualidad cuajaba, mejor que mejor. Así habría contribuido a la felicidad de sus nietos; así habría hecho renacer la Divina Ilusión…

Saltó del lecho, muy quedamente. Encendió la luz. Rebuscó en los cajones. Luego, satisfecha, se puso a dar cuerpo a "la idea"…

Al día siguiente, durante el desayuno, la abuela fue mirando, uno por uno a los nietos. Y ¡temblaba!... ¡temblaba!...

Ellos, muy extrañados. Ellas, muy serias. Y dentro de la seriedad, la Divina Ilusión palpitando en promesas de felicidad. Una Divina Ilusión, tan clara, tan evidente, que la abuela se sentía rejuvenecer. Y era obra suya, ¡obra de sus sesenta años! Porque ella, la noche pasada, la noche de Reyes, había querido ser una Maga y había colocado en los zapatos… ¡cartas de amor!